

Cómo se vive en la España franquista

Los "enterramientos" de la Cartuja

Por ANTONIO RUIZ VILAPLANA

— Del libro *Doy fe...* Un año de actuación en la España nacionalista. París, 1937 —

Acaba de aparecer en París un libro de veras impresionante. Su autor, don Antonio Ruiz Vilaplana, ofrece en él, sin artificios ni resabios intelectualistas, su experiencia de un año vivido en el Burgos fascista de ahora. La personalidad del señor Ruiz Vilaplana es de veras respetable. Es Oficial Letrado del Tribunal de Cuentas de la República, y Presidente del Ilustre Colegio de Secretarios Judiciales de España. La circunstancia de haber sido, desde el inicio de la rebelión fasciosa hasta hace tres meses, Secretario del Juzgado de Instrucción de Burgos, da a su dicho autoridad y confianza. Ruiz Vilaplana es católico y nada izquierdista en ideología política, pero hombre de gran honestidad, no pudo resistir el diario horror del desgobernado fascista y, en cuanto pudo, dejó la zona fascista. Ha querido ahora decir con sencillez y verdad lo que presenció en un año para él de horrible pesadilla. El REPERTORIO AMERICANO publicará los más importantes capítulos del libro de R. V. para que todos queden enterados del «orden» que quieren imponer los «salvadores» y «reconquistadores» de la «España grande y única».

En un altozano, a tres kilómetros de Burgos, dominando la ciudad y su vega extensa, se eleva la Cartuja de Miraflores, monumento bellísimo de estilo irreprochable.

Ciertamente el ambiente es acogedor; retirada de la ciudad, en aislamiento completo, su figura esbelta destaca en la aridez de la tierra castellana. Traspuesta su entrada, aparece a la derecha un jardín tranquilo, cuidadosamente atendido; en su centro una fuente rústica salmodia el rito del agua. Por sus senderos, que hablan de pisadas silenciosas y monacales, transita algún cartujo.

Separado por un muro, al otro lado del jardín, un pequeño e impresionante cementerio, salpicado de cruces sencillas, tiene como fondo la huerta grande, espléndida, y en horizonte, ya más lejano, un tupido bosque cuya linde o término no llega a divisarse.

En su parte de poniente, el caserón vetusto, de largos y blancos corredores, y en el centro de ellos donde convergen, el cuadro de distribución de horas y trabajo para los hermanos. Con ello se evita toda palabra innecesaria. A la izquierda, la capilla íntima, y adjunta, la oficial, con su valiosísimo retablo, la estatua de San Bruno, fundador de la Orden, y el inigualable sepulcro de los padres de la reina católica Isabel.

Impresionado del ascetismo, de la verdadera religiosidad que emanaba de aquel ambiente, visité varias veces la Cartuja. El padre Prior, un sabio prestigioso, se hallaba enfermo de cuidado, y como yo mostrara interés en visitarle, me acogió cariñosamente, hablándome con tranquilidad de su muerte cercana y de su de-

seo de que el «tránsito» le ocurriera en la ciudad de Zaragoza donde nació. Hablaba del tránsito fatal como si se tratara de un traslado en un destino o empleo. No volví a verle más, y posteriormente he sabido que los padres, cumpliendo su deseo, trasladaron su cadáver a Zaragoza.

Desde que tomé posesión de mi cargo en Burgos acudía frecuentemente a oír misa en la Cartuja. En la capilla, pequeña e íntima, sin joyas ni vestiduras valiosas, el Sacrificio, distinto en rito a los de la iglesia romana, por privilegio de la Orden, tenía para mí un encanto especial. Al despuntar la mañana, oficiaba el padre a quien por turno le correspondía, sin personas extrañas, ante la Orden solamente, los jardineros, algún guarda de la finca y yo. ¡Cuán distinta esta misa sencilla de las falsas exhibiciones domingueras de la ciudad!

Después, paseaba frecuentemente por el jardín con el padre Procurador, que tiene a su cargo la administración de la comunidad. Era un hombre simpático, llano y de conversación interesante. Yo le expresaba mis ideas liberales y democráticas aunque moderadas, en abierta contradicción con las costumbres hipócritas y el pensamiento oscuro de Burgos, y él me atendía afablemente.

—Yo prefiero—me decía—conversar con personas como usted. No tenga reparo alguno en decirme su pensamiento. Ud. tiene una formación cristiana, deformada por el liberalismo intelectual moderno, pero es usted religioso en el fondo, aunque con abulia y prevención contra los ritos externos. Pero no tiene razón; fijese en su carrera, la Justicia, también



Xochipil y la Virgen de Guadalupe

Talla policromada del escultor Roberto de la Selva

necesita su etiqueta externa, sus fórmulas rituales.

Confiado, yo le expresaba mis dudas, mi malestar en aquella sociedad fanática dominada por los prejuicios y el «qué dirán».

—Le he tomado afecto,—me contestaba—y voy a darle un consejo. Máchese usted de Burgos; no podrá vivir en este clima con su formación espiritual. Podría estar aquí, entre nosotros que le discutiríamos de buena fe y con ánimo leal de convencerle, pero abajo, en la ciudad, sólo hallará obstáculos y enemistades. Vuélvase a Madrid y no pierda este cultivo religioso fomentado en esta cartuja; y cuando se halle en la capital y oiga usted hablar contra la religión en los ateneos y círculos, acuérdesse de nosotros que de verdad la sentimos y practicamos. Por eso se habla de revoluciones, de motines; nada nos preocupa. Varias veces la autoridad, temerosa, ha querido enviar fuerzas a custodiarnos, a protegernos, y siempre hemos contestado lo mismo: *nosotros no necesitamos protección porque no tenemos enemigos, y no tenemos enemigos porque no hemos odiado al pueblo, sino que le hemos comprendido y acogido, y diariamente cientos de pobres encuentran aquí el alimento y el techo que la ciudad les niega. Nada tememos del pueblo.*

Así hablaba el padre Procurador en mayo de 1936. En el mes de julio siguiente ocurrió el alzamiento militar y tardé muchos días en volver por la Cartuja. Las ocupaciones de mi cargo, aumentadas por la situación en la guerra civil desencadenada, me impidieron aquellos tranquilos paseos, y por otra parte, se me hizo ver por alguna autoridad la conveniencia de que acudiera a la misa solemne los domingos, con todo el personal de mi dependencia. Así lo hice, y en la misa de gran afluencia, de exhibición oficial y aparatosa, de ambiente guerrero, rodeado el altar mayor de uniformes y armas evocaba tristemente aquella misa pequeña y callada de la Cartuja.

La voz del sacerdote en el púlpito hablaba de guerra y odios; en la Elevación, la marcha real patriótica y chirriante, las bayonetas caladas en el sagrado recinto, todo ello me producía pena y repugnancia.

Un día, el 20 de agosto siguiente, volví a la Cartuja, pero volví con carácter oficial, con el Juzgado en pleno y para una actuación siniestra que jamás se borrará de mi memoria.

A primera hora de la mañana, y como ocurría casi to-

(Pasa a la página 315)